**La camisa de Margarita *(Ricardo Palma)***

Las viejas de Lima, cuando quieren protestar el alto precio de un artículo dicen: "¿Qué? ¡Si esto es más caro que la camisa de Margarita Pareja!". Yo tenía curiosidad por saber quién fue esa Margarita cuya camisa era tan famosa, y en un periódico de Madrid encontré un artículo que cuenta la historia que van ustedes a leer.

Margarita Pareja era en 1765, la hija favorita de don Raimundo Pareja, colector general del Callao. La muchacha era una de esas limeñitas que por su belleza cautivan al mismo diablo. Tenía un par de ojos negros que eran como dos torpedos cargados con dinamita y que hacían explosión en el corazón de todos los jóvenes de Lima.

Llegó por entonces de España un arrogante joven, hijo de Madrid, llamado don Luis Alcázar, que tenía en Lima un tío solterón, muy rico y todavía más orgulloso. Por supuesto que, mientras le llegaba la ocasión de heredar al tío, vivía nuestro don Luis tan pobre como una rata.

En una ocasión conoció Alcázar a la linda Margarita. La muchacha le llenó el ojo y le flechó el corazón. Él le echó flores, y aunque ella no le contestó ni sí ni no, le dijo con sonrisas y demás armas del arsenal femenino que le gustaba. Y la verdad es que se enamoraron locamente.

Como los amantes olvidan que existe la aritmética, creyó don Luis que para casarse con Margarita su presente pobreza no sería un obstáculo, y fue al padre y sin vacilar le pidió la mano de su hija. A don Raimundo no le gustó mucho la idea y cortésmente despidió al joven diciéndole que Margarita era aún muy joven para tener marido, pues a pesar de sus diez y ocho años todavía jugaba a las muñecas.

Pero no era esta la verdadera razón, sino que don Raimundo no quería ser suegro de un pobre, y así lo decía en confianza a sus amigos, uno de los cuales fue con la historia a don Honorato, que así se llamaba el tío aragonés. Este, que era más orgulloso que el Cid, se llenó de rabia y dijo:

- ¿Qué? ¡Desairar a mi sobrino? A muchas limeñas les encantaría casarse con el muchacho. No hay mejor que él en todo Lima. ¡Qué insolencia! ¿Qué se cree ese maldito colectorcillo?

Margarita, que era muy nerviosa, gritó y se arrancó el pelo, perdía colores y carnes y hablaba de meterse monja.

- ¡O de Luis o de Dios! - gritaba cada vez que se ponía nerviosa, lo que ocurría a cada hora. El padre se alarmó, llamó varios médicos y todos declararon que la cosa era seria y que la única medicina salvadora no se vendía en la botica. O casarla con el hombre que quería o enterrarla. Tal fue el ultimátum médico.

Don Raimundo, olvidándose de capa y bastón, corrió como loco a casa de don Honorato y le dijo:

- Vengo a que consienta usted en que mañana mismo se case su sobrino con Margarita, porque si no, la muchacha se nos va a morir.

- No puede ser - contestó fríamente el tío. - Mi sobrino es muy pobre y lo que usted debe buscar para su hija es un rico.

El diálogo fue violento. Mientras más rogaba don Raimundo, más orgulloso y rabioso se ponía el aragonés. El padre iba a retirarse sin esperanzas cuando intervino don Luis, diciendo:

- Pero tío, no es justo que matemos a quien no tiene la culpa.

- ¿Tú te das por satisfecho?

- De todo corazón, tío.

- Pues bien, muchacho, consiento en darte gusto, pero con una condición y es esta: don Raimundo tiene que jurarme que no regalará un centavo a su hija ni le dejará un real en la herencia.

Aquí empezó nueva y más agitada discusión.

- Pero, hombre - arguyó don Raimundo - mi hija tiene veinte mil duros de dote.

- Renunciamos a la dote. La niña vendrá a casa de su marido nada más que con la ropa que lleve puesta.

- Concédame usted entonces darle los muebles y el ajuar de novia.

- Ni un alfiler. Si no consiente, vamos a dejarlo y que se muera la chica.

- Sea usted razonable, don Honorato. Mi hija necesita llevar siquiera una camisa para reemplazar la otra.

- Bien, consiento en eso para que no se me acuse de obstinado. Consiento en que le regale la camisa de novia, y nada más.

Al día siguiente don Raimundo y don Honorato fueron muy temprano a la iglesia de San Francisco para oír misa y, según el pacto, dijo el padre de Margarita:

- Juro no dar a mi hija más que la camisa de novia. Que Dios me condene si falto a mi palabra.

Y don Raimundo Pareja cumplió literalmente su juramento, porque ni en vida ni en muerte dio después a su hija un solo centavo. Pero los encajes que adornaban la camisa de la novia costaron dos mil setecientos duros. Además, el cordoncillo del cuello era una cadena de brillantes que valía treinta mil duros.

Los recién casados hicieron creer al tío aragonés que la camisa no era cosa de gran valor, porque don Honorato era tan testarudo que al sabe la verdad habría forzado al sobrino a divorciarse.

Debemos convenir en que fue muy merecida la fama que tuvo la camisa nupcial de Margarita Pareja.

¿Conque tú también quieres que te cuente un cuento? Para ti tengo un almacén de cuentos. Allá va uno, y que te aproveche como si fuera leche.

Esta era una viejecita que se llamaba doña Quirina, y que cuando yo era niño vivía cerca de mi casa. Habitaba un cuartito que, por lo limpio, parecía una tacita de porcelana.

Y en este cuarto lo que sobre todo atraía mis miradas infantiles era una herradura de hierro. Doña Quirina era supersticiosa. Creía que en casa donde se conserva con veneración una herradura de mulo o de caballo no penetra la pestilencia ni falta el pan ni entra la desventura.

¿En qué fundaba la viejecita las virtudes que atribuía a la herradura? Yo te lo voy a contar, Vital mío, tal como doña Quirina me lo contó.

Pues has de saber, hijto, que cuando Nuestro Señor Jesucristo vivía en este mundo pecador, desenmascarando a pícaros e hipócritas y haciendo milagros y andando en compañía de San Pedro, tropezó en su camino con una herradura vieja, y volviéndose al apóstol, que marchaba detrás de su divino Maestro, le dijo:

- Perico, recoge eso y échalo en el morral.

San Pedro se hizo el sueco, murmurando: Pues hombre, ¡vaya una idea! ¿Agacharme yo por un pedazo de hierro viejo?

El Señor, que leía en el pensamiento de los humanos como en libro abierto, leyó esto en el espíritu de su apóstol, y en vez de repetir la orden prefirió él mismo recoger la herradura y guardarla en la manga.

En este momento llegaron los viajeros a una aldea, y al pasar por la tienda de un herrador dijo Cristo:

- Hermano, ¿quieres comprarme esta herradura?

- Doy por ella dos centavos.

- Venga el cobre - contestó el Señor.

Pagó el herrador, y los peregrinos continuaron su marcha.

Al extremo de la aldea encontraron a un chiquillo con un cesto en la mano y que gritaba:

- ¡Cerezas! ¡A centavo la docena!

- Dame dos docenas - dijo Cristo.

Y los dos centavos, precio de la herradura, pasaron a manos del muchacho, y las veinticuatro cerezas se las guardó el Señor en la manga.

Hacía entonces un calor de infierno y San Pedro, que caminaba siempre tras el Maestro, iba echando los bofes y habría dado la vida por un poco de agua.

El Señor, de rato en rato, metía la mano en la manga y llevaba a la boca una cereza, y al mismo tiempo dejaba caer otra, que San Pedro se agachaba a recoger, comiéndosela en seguida.

Después de haber comido el apóstol media docena de cerezas se sonrió el Señor y le dijo:

- Ya lo ves, Pedro: por no haberte agachado una vez, has tenido que hacerlo seis veces. Contra pereza diligencia.

Y desde entonces la herradura trae la felicidad.